Historia del niño malo.

Érase un niño muy malo que se llamaba Jim.

En los libros de las escuelas dominicales los niños malos se llaman casi siempre James. Es caso extraño, aunque inexplicable. No importa, nuestro héroe se llamaba Jim.

No tenía éste una madre enferma, una pobre madre piadosa y tísica, que hubiera deseado bajar á la tumba para huir de las penas de este mundo, de no impedírselo el gran cariño que profesaba á su hijo y el temor de dejarlo abandonado á las peligrosas asechanzas de la sociedad. Todos los niños malos que figuran en los libros de las escuelas dominicales, además de llamarse James, tienen una madre enferma que les repasa las lecciones, que les canta al pie de la cuna con voz dulce y quejumbrosa, que les besa en la frente al darles las «buenas noches» y que se arrodilla mientras ellos duermen para elevar sus oraciones al Todopoderoso.

Nada de esto ocurría á nuestro niño. Se llamaba Jim, como ya hemos dicho, y sobre llamarse Jim, tenía una madre sana, robusta y nada piadosa, á quien maldito si le preocupaba su tierno vástago. Era muy común oirla decir perrerías del hijo; enviábale á acostar propinándole un par de azotes; no le daba jamás un beso ni le dió nunca las «buenas noches» sino acompañadas de un fuerte restregón de orejas.

Pues, señor, un día Jim sustrajo las llaves de la despensa, se comió el contenido de un tarro de jalea y reemplazó el dulce por un poco de alquitrán, con objeto de que su mamá no echase de ver el fraude. En aquel instante no habló en el muchacho la conciencia, diciéndole con su voz acusadora: «¡Desobedeciste á tu madre! ¡Cometiste un pecado y Dios te castigará! ¡Los niños que son víctimas de su glotonería van derechitos al infierno!...» Ni arrepentido Jim en lo más mínimo tuvo por qué postrarse de hinojos, haciendo formal promesa de ser bueno en lo sucesivo, ni por qué ir después, alegre y parlero, á contar á su mamá lo ocurrido y á pedirle humildemente perdón: un perdón otorgado con lágrimas de ternura y acogido con sonrisas de agradecimiento.

No; todo eso es muy bonito, y así acontece, por regla general, en los libros de las escuelas dominicales. Pero en el caso de Jim, sucedió algo muy diferente. El picaruelo se comió la jalea, celebró su travesura, se relamió los labios, diciendo con el

mayor cinismo «esto me gusta», y pensó con delicia en el berrinche de su señora madre cuando descubriese la hazaña.

Es más; llegado el instante de comparecer ante la autoridad materna, Jim negó con la obstinación de un vulgar delincuente; le propinaron una paliza, y siguió negando y chillando, hasta que hartándose de sacudir, la mala madre dejó en paz al mal hijo. Estaba escrito, sin duda, que todo había de pasar á la inversa que en los libros.

Otro día, Jim, se encaramó en el manzano del vecino Sr. Acorn con el propósito de robarle sus más hermosos frutos. Y, ni se partió la rama del árbol, ni se cayó al suelo el niño, ni se rompió un brazo, ni se desgarró los pantalones, ni tuvo que habérselas con el perrazo del jardinero, ni guardó cama durante varios días para curarse de las heridas, ni se arrepintió, en fin, de sus travesuras. Por el contrario, Jim, se apropió las manzanas más gordas y bajó del árbol sin dificultades de ningún género. Y aunque el perro del jardinero intentó cortar la retirada al ladronzuelo, tuvo que alejarse con el rabo entre piernas y un ladrillazo en los ijares. Que Jim, aunque malo, era un muchachito previsor. Díganme ustedes ahora, con la mayor sinceridad, si han leído un caso semejante en esos encantadores libritos, encuadernados primorosamente y en cuya cubierta aparecen dos ó tres caballeros de frac y sombrero de copa y otras tantas damas con capota y miriñaque, repartiendo premios á una in-

terminable serie de niños de pelo rizado y mejillas como tomates. Oigo su contestación negativa y prosigo.

El tal Jim, quitó en una ocasión el cortaplumas al maestro de escuela, y para eludir el castigo, escondió el objeto sustraído en la gorra de Jorge Wilson, el hijo de la noble viuda Wilson, un niño ejemplar que jamás desobedecía á su madre, que nunca manchó sus labios con la mentira, que era aplicadísimo y que maravillaba á todo el mundo por su comportamiento.

Cuando el cortaplumas cayó de la gorrilla al suelo, y el pobre Jorge, avergonzado, inclinó la cabeza, después de enrojecer como si le hubieran sorprendido en alguna mala acción; cuando ya se alzaban sobre sus espaldas las disciplinas vengadoras, no apareció, no, en el umbral de la sala la noble figura del juez de paz, interrumpiendo en el acto el suplicio. Ni el digno magistrado pronunció las sacramentales palabras de «Os prohibo tocar á ese niño. Sé que es inocente y el verdadero culpable es otro. Y lo sé porque casualmente pasaba por la puerta del colegio y lo he visto todo y lo he oído todo.»

Jim no fué desenmascarado, el venerable juez se abstuvo de hacer su aparición, quedó sin recompensa la virtud y el delito sin castigo. Dieron una buena felpa al escolar modelo en presencia del niño malo, quien, dicho sea en honor de la verdad, experimentó singular gozo contemplando la tremenda cachetina, pues siempre le habían cargado extraordinariamente los chicos angelicales, y la moral quedó hollada y vilipendiada del modo más completo posible. ¡Pícaro mundo!

En cierta ocasión antojósele á Jim escaparse de la escuela, bajar al río, desatar la lancha de un pescador y darse un paseo fluvial. No sabía remar. No se ahogó. Otra vez fué sorprendido por la tempestad mientras ¡oh, acción nefanda! se dedicaba á pescar truchas en día festivo, y sin embargo, le respetó el rayo. Invito á usted á examinar desde ahora hasta fin de año cuantos libros se han escrito con destino á las escuelas dominicales, á ver si encuentran algo por el estilo. Allí leerán, invariablemente, que los niños malos que se pasean en lancha los domingos ó que pescan en día festivo, ó se van á pique, sueltos ó en grupos, ó son pulverizados por la cólera celeste. Cómo y por qué logró escapar Jim de la justicia divina, es y sigue siendo para mí un misterio impenetrable.

En realidad, había en la existencia de Jim algo que semejaba á mágico encantamiento. Tal era, indudablemente, la razón de sus casi milagrosas bienandanzas. El muchacho aquél tenía sobre su cuerpo una tercia lo menos de la piel de Satanás! Vayan unas cuantas diabluras más para terminar el cuento. Sépase que un día engañó al elefante de una colección de fieras, alargándole un paquete de tabaco en vez de un mendrugo de pan. El paquidermo, lejos de enfadarse, acarició al chicuelo con

la trompa. Cierta noche penetró á obscuras en la despensa donde había dos botellas iguales; una de anisete y otra con vitriolo. Jim cogió á tientas la que mejor le pareció, satisfizo su sed, apurando un buen trago de anisete, y dejó intacto el vitriolo. Cuando ya era grandecito se apoderó de la escopeta de su papá, y dirigiéndose al bosque mató una docena de pájaros, sin que el arma hiciera explosión en sus manos inexpertas. Siendo niño dió tal puñetazo en la sién á su hermano, que á poco no se reproduce el drama de Caín y Abel. El hermano se lavó la contusión con agua y vinagre, perdonó á Jim, y todo quedó como si tal cosa. Llegado á su adolescencia huyó de su casa, estuvo ausente varios años, y al regreso, ni encontró el hogar en ruinas, ni á sus viejos padres llorando la ausencia del hijo querido y olvidadizo. Antes por el contrario, el techo materno estaba más firme que nunca y los progenitores más firmes que el techo.

Conclusión: Jim se casó, tuvo muchos hijos, cometió un número infinito de tropelías, se enriqueció robando á todo el mundo y no hubo vicio que no practicase con vergonzosa frecuencia. Fué el terror de su pueblo, y á pesar de todo, hoy disfruta del respeto de sus conciudadanos y representa á su país en el Parlamento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Historia del niño bueno.

Erase un niño muy bueno que se llamaba Jacob Blivens. Obedecía siempre á sus padres, por absurdos é irracionales que fueran los mandatos. Estudiaba á conciencia sus lecciones y jamás se dió el caso de que llegara tarde á la escuela dominical. Nunca se le vió jugar al *crocket*, ni aun á aquellas horas en que su austero juicio le decía que debía entregarse al recreo. No mentía, ni aun por casualidad, aunque el mentir pudiera reportarle provecho: creíalo un pecado y se abstenía de cometerlo. En suma, era tan honesto, que ya casi rayaba en tonto. Ni descalabraba á sus amiguitos, ni cogía nidos, ni echaba la zancadilla á las personas ancianas para darse el gusto de verlas caer, ni hacía nada, en fin, de lo que suelen ejecutar los muchachos para distraer sus ocios de un modo razonable y culto.

No pudiendo explicarse los compañeros de Jacob Blivens la razón de su especialísima manera de

28880